

# Himno al sol

Soy consciente del sol,  
el sol adquiere en mí un poder que aniquila,  
es mi raíz,  
mi verdadero ser del cielo.  
El sol tiene un alma que no se desgasta  
—ardiente o tibia y compasiva,  
seria y sonriente.  
El sol todo lo sabe aunque el hombre no sepa,  
pues ha visto el crecer de las cosas tranquilas.  
El sol en sus cosechas se conoce en sus hijos;  
ved la rebanada de una piña  
o la cara interna de una mitad de naranja,  
es el sol;  
ved una espiga,  
es un rayo de sol que regresa a su origen.  
La naranja, la manzana, la tuna,  
la cebolla gigante de cáscara dorada  
son los hijos varones del sol.  
Frutas hay que ostentan el sello de agua de la luna:  
las ciruelas, los tigüilotes, las uvas.  
El maíz es masculino  
y el frijol y el trigo son femeninos.  
El sol es la vida revelada en sus hijos.  
Y esta vida no tiene historia.  
Si constante la aurora se desborda  
en el horizonte,  
dónde empieza el día y dónde la noche.  
No. Sólo hay hoy  
y ese hoy es la luz en el alma del sol.  
Somos carne de sol,  
estamos hechos de su sangre, que es pura energía;  
destrucción sin violencia o creación en paz.  
El sol no transita en el tiempo,  
vive en el origen,  
en el mundo lejano de las fábulas

en donde el lenguaje siempre es nuevo  
luminoso e inmóvil.  
Y ahí nosotros también vivimos con el sol  
porque vivimos en la luz del lenguaje  
que es el lenguaje de la luz;  
esa alma que no se desgasta.  
De la sangre luminosa del cielo caída  
en el mar  
se alzó la belleza como la esencia misma del sol,  
luna llena ataviada en la tarde,  
luego el navío de la historia partió las aguas.  
Se desgastan los sueños de la historia  
—árboles que al quemarse se convierten en fuego  
o semilla del átomo que despliega de sí un árbol  
gasificado—  
juegos todos del sol prestidigitador.  
La misma palabra Pax, con que nos mantiene  
esperanzados la historia,  
es un estallido.  
Y la palabra sol se inicia con una S serpentina  
y concluye con una L de alígero  
flanqueando ambas a una O central.  
Esa S es el agua o caldo de la vida  
que salió del costado del sol  
—aguas hay de arriba y de abajo.  
Y el agua es espejo donde él se ve en sus hijos.  
Hueso y carne del sol es el agua,  
y la astucia de la serpiente por la que eternamente  
crea.  
Y la L del sol es un ala de música;  
el sistema la lira y sus cuerdas planetas;  
siete lámparas gira,  
siete cuernos despuntan,  
siete ojos nos miran,  
porque el canto ilumina, manifiesta, comprende.

La inmensa O del centro es lo Absoluto,  
la potencia sin límite de espacio,  
el Caos,  
la gran matriz de Dios, la NADA,  
la nada en que se nada,  
el centro de la rueda en que todo se mueve.  
¡Oh! Sol, creador del cielo y de la tierra  
-tu reino en el que empolla la gallina negra  
del tiempo-,  
el éter que derramas regresa arrepentido  
a juntarse al perfume de nada que tú eres  
como rosa invisible del cosmos.  
Como fuego aquí ardes -consumes la madera,  
la carne del sacrificio-,  
como fuego relampagueas en la atmósfera  
-nos amenazas con tu ira, no impones tu ley-,  
como fuego brillas en la estrella que tú eres,  
guía hacia nuestro sí mismo:  
hoyo blanco de existencia, conocimiento y dicha.  
En la electricidad -sustancia nerviosa de la materia-  
estás presente noche y día

y a la luna usas -tu espejo-  
madre atenta que vigila el sueño de sus hijos.  
Del fuego terrenal se va a la estrella  
por el relámpago  
-luz de la mente, espada de la unión-  
que en la carne es el rayo de la deflagración  
sexual,  
nuestra pequeña muerte en que se da la vida.  
Los hombres de los bosques afirmaron primero  
que eres Piedra de Gracia, el diamante dorado  
del cielo.  
Para ellos tú fuiste un milagro absoluto  
en la tierra de oro de los cuerpos sin sombra,  
inmaculada-mente concebida  
luminosa y contenta.  
Crear es devorar, sabían ellos,  
destruir al vegetal fantasma que rondan los deseos.  
Crear es elevarnos como se eleva el fuego  
ligero, bailarín y alegre  
inmóvil y activo. ◇

